

# Los fuegos de la memoria

Jordi Sierra i Fabra

2ª EDICIÓN



Algar Joven

La desaparición de un cadáver remueve conciencias

## LA FOSA

### I

Los primeros restos aparecieron a las 10 horas y 37 minutos de la mañana de aquel martes.

Alrededor de la fosa, recortadas como árboles humanos por entre lo abrupto del terreno, había en ese momento unas veinte personas, además de las que trabajaban en ella, y el efecto fue catártico. La voz de la muchacha que encontró el hueso fue liberadora.

—¡Aquí!

Se produjo una descarga eléctrica, un despertar fulminante entre los que observaban los trabajos. Pasaron de la inmovilidad a la agitación. Unos empezaron a llorar, otros se abrazaron a sí mismos, a sus parejas o a sus vecinos. Los hombres tragaron saliva y apretaron los puños. Las mujeres se deshicieron como si sus cuerpos hubieran comenzado a desmenuzarse, perdiendo rigidez y consistencia.

El pequeño Nicanor fue el encargado de llevar la noticia al pueblo.

—Corre —le dijo su abuelo—. Ya está. Que vengan todos.

Y mientras el niño corría por el sendero, en busca de su bicicleta y en dirección al camino principal que con-

ducía al pueblo, los vecinos de San Agustín del Valle se acercaron al límite de las estacas y la cuerda que marcaba la zona de la excavación para ver mejor aquel milagro y ser testigos de la historia.

O mejor dicho, la recuperación de la historia.

–Con cuidado –oyeron decir a otra de las estudiantes con marcado acento extranjero.

El grupo de hombres y mujeres que realizaba la excavación, la mayoría jóvenes, rodeaba a la que había hecho el primer hallazgo. Se estaba procediendo a limpiar el hueso, que pronto adquirió la forma de un fémur.

–Delimitad el perímetro –ordenó el que dirigía a los voluntarios.

La tierra no era compacta, sino blanda. La arcilla rojiza parecía estar todavía impregnada de la sangre de los muertos. Apenas eran necesarias herramientas. Bastaban las manos, que se hundían en ella y la retiraban depositándola en las carretillas que otras manos llevaban fuera del contorno de la fosa.

–Limpia aquí. Así, despacio...

Con los cepillos despejaron la longitud del fémur, hasta el pie. El otro hueso apareció al lado, siguiendo la lógica. Luego, hacia arriba, la pelvis, y un cráneo caído sobre el regazo del primero, con el agujero de la bala formando un tercer ojo sobre la frente.

La fosa fue abriéndose a la luz.

Tantos años después.

–Unas gafas...

Los hallazgos se sucedieron ahora en cadena, uno tras otro, porque los cadáveres estaban amontonados. Restos

de ropas que ni el tiempo ni la naturaleza había podido destruir, zapatos, botones, una cartera, un frasquito de medicamentos intacto, la hebilla de un cinturón, el casquillo de un proyectil... Momentáneamente se dejaba todo sobre el mismo terreno, para no confundir, para hacer un mapa geográfico de la escena y tratar de recomponer, si no lo sucedido, porque de sobra era conocido, sí la forma en que todos ellos habían caído. Por la misma razón se trataba de no mezclar los huesos, no confundir los de uno de los muertos con los de otro.

Pero pese a la paciencia de cada acción, el progreso fue evidente.

En el centro de una caja torácica alguien recogió un anillo.

—Se lo tragó para que no se lo robaran —dijo el jefe del grupo.

Una de las mujeres que formaba el corro de los que asistían al milagro emitió un gemido agudo. A su lado, el hombre que la sujetaba, tan anciano como ella, preguntó:

—¿Lleva el nombre de Mariana por dentro?

Limpieron el anillo. La respuesta fue rápida.

—Sí.

El hombre tuvo que sujetar a la mujer. Se le escurrió de los brazos. La ayudaron otros vecinos y la tendieron en el suelo. Una y otra vez gemía «¡Padre! ¡Padre!». A lo lejos, Nicanor debía haber llegado ya al pueblo, porque la campana de la iglesia empezó a brincar soltando aldabonazos de un lado a otro. El eco los multiplicó y los llevó hasta donde se encontraban ellos, siguiendo las escarpas de la montaña.

Pronto la fosa recién descubierta se llenaría de gritos, sentimientos, miradas, dolor.

El grupo de la ARMH intentó aislarse de toda esa pasión.

Despacio, con cuidado extremo, siguieron sacando a la luz los restos de los cuerpos sepultados en la fosa. Ninguna urgencia histórica, ninguna prisa los aceleraba.

Después de todo, los muertos llevaban allí muchos, muchísimos años, desde la guerra civil.

## 2

La noticia saltó por antena a la hora de comer, en el informativo estatal. La presentadora, con rostro grave, acompañada en la pantalla por una fotografía situada en el margen superior derecho, la relató con pragmática profesionalidad.

—Hoy, en el pueblecito de San Agustín del Valle, se han vivido escenas de intensa emotividad después de que un grupo de voluntarios y estudiantes de la Asociación por la Recuperación de la Memoria Histórica hallara por fin, y después de varios días de trabajo, los restos de los conocidos popularmente como Los Trece de San Agustín. La fosa, ubicada en una cañada a escasos tres kilómetros del mismo pueblo, ha entrado a formar parte de la leyenda negra de la guerra civil española. Esta es una más de las muchas recuperaciones que desde hace unos años se están desarrollando a lo largo y ancho del país para...

—¡Hijos de puta! —clamó una voz en el bar.

–Cállate, Segis –le ordenó el dueño, detrás de la barra.

–Si es que ahora van a decir que ha sido «un hallazgo» –remarcó las dos últimas palabras con sorna-. ¡Como si nosotros no supiéramos de siempre que estaban ahí, maldita sea!

–¿Y ellos qué saben, hombre? –le dijo uno, a su lado.

–Esos dan la noticia y ya está –lo justificó el dueño del bar.

–Cómo se nota que no tenéis a nadie enterrado ahí arriba –protestó el que había alzado la voz de forma airada.

–Caray, ni que fuera un abuelo o un padre –exclamó otro de los parroquianos.

–El Sebas era primo de mi bisabuelo.

–Anda, tómate un vino –le invitó el dueño del bar-. Y cállate, que no nos dejas oír. Para una vez que salimos en la tele...

La presentadora del informativo concluía la noticia.

–...por lo que cada fosa, en cada pueblo, tiene su historia, pero algunas, como la de Los Trece de San Agustín, han trascendido a su tiempo y se han convertido en mito –la mujer iluminó su bello y armónico rostro con una dulce sonrisa de complicidad con el telespectador, y concluyó su parlamento con un testimonial–: Ahora, esos trece hombres torturados y fusilados hace tantos años, podrán por fin descansar en paz.

El hombre de la protesta, acodado en la barra del bar, se tomó su vino de un solo trago.